

BX1756

M. 6
0.2
4.4



CONTIENE ESTE TOMO

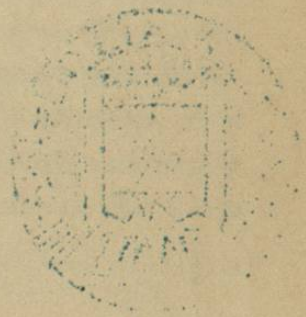
Diversos sermones, discursos, pastorales y edictos pronunciados
ó escritos por el autor después de su traslación
á San Luis Potosí.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILLMO. Y EXCMO. SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA
Y DÁVALOS.



002572



ELOGIO FÚNEBRE

DEL ILLMO. Y EXCMO.

SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE MEXICO, PRONUNCIADO EN LA SANTA
IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO, EL 18 DE ABRIL
DE 1891.

*Similis illi non fuit ante eum rex. . .
neque post eum surrexit similis illi. Ve-
rumtamen, non est aversus Dominus ab
ira furoris sui magni, quo iratus est fu-
ror ejus contra Judam.*

No hubo entre sus predecesores un príncipe que le fuese semejante, ni después de él se levantó otro que se le pareciese. Sin embargo, no depuso el Señor su terrible enojo y grande indignación contra su pueblo.

IV. REG. XXIII, 25, 26.

ILLMOS SEÑORES: ¹



EL Señor no quiso escuchar nuestras oraciones. Paréceme ayer, cuando congregados en esta misma Basílica, celebrando el jubileo sacerdotal del Pastor venerado que hoy lloramos difunto, clamábamos en coro, como en otro tiempo los fieles de Hipona en torno á Agustín: *Te patrem, te episcopum*. Aun oigo el eco de mi propia voz, cuando desde esta misma cátedra os invitaba á solemnizar, al cabo de diez y seis

¹ Los Illmos. Sres. Arzobispo de Michoacán, Obispo de Puebla que oficiaba de Pontifical, y Obispos de Veracruz, Chilapa y Zacatecas.

años, el quincuagésimo aniversario de su consagración episcopal. Al verlo, á pesar de su avanzada edad, tan lleno de salud y de fuerzas; al considerar, sobre todo, que en las tristes circunstancias que afligen á la Iglesia Mexicana, la vida del prudente Prelado era necesaria no sólo á su diócesi, sino á la República entera, ¿quién habría juzgado temeraria la súplica que dirigimos á Cristo, Príncipe de los Pastores, rogándole que prolongara los días del piadoso anciano? *Exaudi Christe, Pelagio vita*, fué en aquel inolvidable día nuestra postrer plegaria. ¡Ah! De seguro subió contaminado el incienso de nuestras oraciones. Las desoyó el Señor, y el Ángel de la Iglesia de México respondió sin duda indignado: “La vida, nó; la muerte es el destino que aguarda muy en breve á ese Pastor que no habéis sabido merecer; á ese Príncipe cuyas altas cualidades de nada han servido para haceros felices. Como en los tiempos del rey Josías, no ha depuesto Jehová su terrible enojo, *non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni*. Un Pontífice que no ha tenido semejante entre sus predecesores, *similis illi non fuit ante eum*, pudo haber labrado la dicha de la grey que gobernó tantos años, del país entero, en que breves días reinó como príncipe temporal, en cuyos destinos ejerció siempre altísima influencia. Pero vosotros no cooperásteis á la obra de regeneración que él de tantos modos y en diversas épocas emprendiera, y es justo que el Señor os lo arrebatase después de tan largo esperar. ¡Pueblo mexicano! Jesucristo no acepta tus oraciones: *Pelagio mors.*”

Bendita sea la Providencia que sabiamente nos oculta nuestros destinos, y no permitió llegara á nuestro oído

el fatal oráculo. No se empañó el purísimo gozo que en aquellos días nos animó, con la menor sombra de tristeza. Antes bien, al verlo, rejuvenecido y radiante de satisfacción, volver á visitar los lugares en que se deslizó su niñez, y emprender viajes ya poco acostumbrados; al ver que, lejos de perder, recobraba sus fuerzas, y que huían de su hogar aun las enfermedades propias de la vejez, creímos que el cielo había escuchado nuestras plegarias y que por largos años gozaría la Iglesia Mexicana de la paz comparativa que le procuraban el fino tacto y el inmenso prestigio del Pastor de su principal Metrópoli. ¿Qué digo? Tres semanas apenas, antes que la muerte segara su preciosa existencia, mis ojos lo vieron tan mejorado de sus dolencias, mis oídos escucharon tan lisonjeras palabras de sus propios labios y de los médicos que lo rodeaban, que en vez de permanecer á su lado, como era mi intento, partí lleno de esperanzas y me interné en los espesos bosques que adornan una parte de mi diócesi, seguro de poseer todavía varios años al que había sido siempre mi amigo, mucho tiempo mi Padre, y casi cuatro lustros mi hermano.

¡Vanas ilusiones! Hasta las selvas que me ocultaban con su espesura llegó el gemido de dolor que, en los momentos que menos esperaba, lanzó la acongojada Iglesia de México, al saber la muerte de su amado Pastor. ¡Oh! ¿Por qué no me fué concedido, ya que no recoger su último aliento, dar á sus venerados despojos el adios postrero antes que los encerrara para siempre la tumba? Quédame al menos el triste consuelo de pregonar sus loores en este día tan amargo como solemne.

Gracias, Venerable Cabildo Metropolitano, por ha-

berme proporcionado los medios de cumplir con la promesa que, desde que vivía, tenía yo hecha al ILLMO. Y EXCMO. SR. DR. D. PELAGIO ANTONIO DE LABASTIDA Y DÁVALOS, XXXI ARZOBISPO DE MÉXICO, PRELADO DOMÉSTICO DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SOLIO PONTIFICIO, PATRICIO ROMANO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA EXTINGUIDA DE GUADALUPE Y DEL SANTO SEPULCRO, de ser yo quien pronunciara su oración fúnebre, si el Señor me concedía sobrevivirle.

No se me esconden las dificultades de la misión que se me ha encomendado, ni los riesgos á que me expone una honra con tanto ardor apetecida, precisamente por ser tan peligrosa. Tratándose de la vida, llena de vicisitudes, del que fué Jefe de un partido vencido y actor principal en una empresa desgraciada, no bastarán todos los elogios que pueda tributarle como sacerdote y como Obispo, para librar al esclarecido varón, y á su humilde panegirista, de las saetas de nuestros adversarios y aun quizá de no pocos amigos. Sin embargo, quiero cumplir con el deber filial de vindicar su memoria ante esa tumba recién abierta, y de manifestar á todos sus altas dotes y preclaras virtudes. Quiero, si para tanto me da fuerzas el Divino Espíritu, haceros ver, que ni antes que él se sentó en la silla arzobispal de México un Prelado más grande, ni es fácil que más tarde venga ninguno que se le parezca. *Similis illi non fuit ante eum rex. . . neque post eum surrexit similis illi.* Con todo, no logró, como otros, el éxito de sus colosales empresas en la Iglesia y en el Estado; pero no fué por falta de genio, ni de previsión, ni de tacto, sino porque la ira del

Señor, justamente encendida contra su pueblo, permaneció y aun permanece viva. *Verumtamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.* Me propongo seguir el orden de los acontecimientos, y decir, como lo exigen mi sagrado carácter, el respeto debido á este templo y la majestad de esa tumba, la verdad, toda la verdad, únicamente la verdad. Imploro la benevolencia de mi auditorio y pido una tregua, nada más que una tregua, á los enemigos de la Iglesia y del difunto Pastor.

I

Zamora, ciudad episcopal hoy día, entonces villa de la diócesi de Michoacán, tuvo la dicha de mecer la cuna del que tanta prez había de darle, y de abrir sus ojos un hermoso día de primavera del año de 1816. Era casi el último de los hijos con que el Señor quiso bendecir el fecundo matrimonio de D. Luciano Labastida y Doña María Luisa Dávalos y Ochoa. Se me figura percibir entre mi auditorio á algunos de los distinguidos seglares que, no hace aún ocho meses, estaban pendientes de los labios del lamentado Pastor, quien nos contaba interesantes episodios de su niñez. ¿Recordáis el cumplido elogio que nos hizo de las severas costumbres de sus padres, y de la castidad que aun en el matrimonio guardaban? ¿Qué mejor herencia podían dejar á su hijo predilecto? ¿Cuán grabados quedaron sus ejemplos en el

ánimo esclarecido del digno eclesiástico, y cuán fácilmente se podía descubrir que era vástago puro de tronco sin mancha! Con razón la Iglesia no franquea la entrada del Santuario sino á los frutos de casta y legítima unión. Que tal era el niño Labastida y Dávalos, se revelaba en sus purísimas costumbres, su modesto continente y sus altas virtudes. Tal atestiguaba el digno cura de Ixtlán, quien enseñó á su tierno sobrino, juntamente con las primeras letras, las humanidades, y descubrió en su alma el germen de la vocación eclesiástica.

Quince años contaba el futuro Arzobispo, cuando fué enviado á la Capital de la diócesi á estudiar la filosofía y el derecho. Era entonces el Seminario de Morelia célebre en todo el país, y como la mayor parte de los ateneos eclesiásticos en aquella época, podía llamarse Universidad más bien que colegio clerical. Educábanse allí jóvenes destinados al mundo; y si para ellos era ventajosa la compañía de los aspirantes al sacerdocio, no puede afirmarse que la disciplina del establecimiento ganase con semejante mezcla, hallándose en mayoría los seglares poco devotos y morigerados. Tal al menos aseguraba el difunto Arzobispo á los Prelados reunidos hace diez y seis meses en esta Capital, cuando tratábamos de las reformas de nuestros seminarios y de las que él introdujo en los de México, Puebla y la misma Morelia. Con vivos colores nos pintaba su confusión y amargura al verse en medio de aquellos traviosos y poco delicados mozalbetes, sus amargas lágrimas y las súplicas que dirigiera á su buen padre para que lo restituyese á la quietud y sencillos hábitos de su nativa aldea.

No de otra suerte se lamentaba San Basilio, los pri-

meros días de su permanencia entre la desenfrenada juventud de la antigua Atenas. "Acaece á menudo, dice su panegirista y amigo San Gregorio Nazianzeno, acaece á menudo cuando nos formamos una idea muy alta de las personas ó de las cosas, que al ver la realidad, hallamos todo muy inferior á las esperanzas que habíamos concebido. *Humani affectus est, cum, magnis quibusdam rebus spe conceptis, in eas subito incidimus, opinione nostra inferiores eas videre.* Tal sucedió á Basilio, sobre todo después de los asaltos de los turbulentos Armenios. Su aflicción era grande, inmensa su angustia, y ya le pesaba haber venido á esa Atenas que tan deliciosa se había forjado en sus ensueños y que había disipado una á una sus ilusiones, al acogerlo en su seno. *Mærebat, angebatur, non habebat quod sibi de adventu suo gratularetur. Quererebat quod spe sibi effinxerat: inanem felicitatem Athenas nominabat.* Yo procuraba disminuir su tristeza, ya ablandándolo con razones, ya venciéndolo con argumentos, hasta que logré restablecer la calma en aquel ánimo tan agitado. Entretanto, las pruebas de confianza que uno á otro con este motivo nos dimos, y la mutua benevolencia que nos manifestamos, vinieron á estrechar más y más los fuertes lazos de íntima amistad que desde la infancia nos unían. *Ego autem maximam mæroris partem ipsi adimebam, tum argumentis congregiens, tum rationibus eum mulcens..... Hinc eum ad animi tranquillitatem revocavi, ac benevolentie speciem simul præbens et accipiens arctioribus vinculis mecum astrinxi.*"¹

Lo que para el Magno Basilio fué en Atenas Gregorio, vino á ser para Pelagio Antonio de Labastida, en

¹ Laud. Fun. S. Basili.

Morelia, aquella otra lumbrera de la Iglesia Mexicana, su compañero en estudios, su colega en el foro, en la curia, en el profesorado, en el coro; su hermano en el episcopado, su colaborador en las grandes empresas en pro de la religión y de la patria, su socio inseparable en los triunfos académicos y en las vicisitudes políticas, en las cortes y en el destierro, en la vida y en la muerte, D. Clemente de Jesús Munguía, primer Arzobispo de Michoacán. Al recordar la fraternal unión de estos dos personajes, nacidos en el mismo lugar, y reunidos de nuevo en el Seminario, prosiguiendo juntos con igual ardor los estudios de filosofía y jurisprudencia, vuela siempre mi imaginación á aquellos dos astros de la Iglesia Griega, cuyos nombres acabo de mencionar, Basilio y Gregorio. Por el contrario, siempre que repaso la elocuentísima oración fúnebre que este último pronunció en honor de su amigo, desaparecen de mi mente el Arzobispo de Constantinopla y el de Cesaréa, y se me figura estar oyendo al insigne Prelado de Morelia, tejer los elogios del Illmo. Sr. Labastida, sobre todo, en lo que se refiere á la historia de su juventud. Juzgad, si no, por los siguientes rasgos, que no puedo menos que presentar ante vuestros ojos.

“¿Visteis dos arroyuelos nacer al mismo tiempo del propio manantial, deslizarse luego entre las quebradas de los montes por diversos caminos, apartarse y perderse de vista, y por fin unir de nuevo sus corrientes y reposar en la misma laguna? Así Basilio y yo, nacidos en el mismo lugar, nos apartamos de la patria fuente para buscar la ciencia por diversos rumbos, hasta que en brazos de la Providencia Divina nos unimos de nuevo en

Atenas. *Habebant nos Athenæ, velut fluxum quemdam fluminis, ex eodem patrio fonte in diversas regiones doctrinæ cupiditate dissectos rursusque, velut ex composito, Deo videlicet ita impellente, coeuntes.* Sólo dos calles nos eran conocidas: la que conducía al templo y á nuestros espirituales directores, y la que nos llevaba á las aulas y á nuestros maestros en las ciencias y en las artes. Dejábamos libres para los que seguirlos quisieran, los caminos que guiaban al teatro, á las reuniones profanas, á los banquetes, á los espectáculos. Á gloria teníamos el ser cristianos, y el que cristianos se nos llamara. *Magnæ res et magnum nomen erat, Christianos esse et nominari.* Cada uno de nosotros era *el todo* para su compañero. Vivíamos en el mismo alojamiento, comíamos á la misma mesa, uno era nuestro modo de pensar, uno nuestro sentir. *Uterque alteri quidvis cramus, contubernales, convivtores, concordés, unum idemque spectantes.* Nos animaba á entrambos el mismo deseo de adquirir la sabiduría: aspiración que más que ninguna otra suele engendrar envidia aun entre los más íntimos amigos. Y sin embargo jamás conocimos la envidia, aunque dimos rienda suelta á la emulación. El fin de nuestros certámenes no era ver quién alcanzaba la palma sino quién la cedía á su compañero; porque cada uno consideraba suya propia la gloria del otro, y éramos en realidad una alma con dos cuerpos. *Hoc utrique certamen, non uter primas ferret, sed uter alteri eas concederet; uterque enim alterius gloriam pro sua ducebat. Una utrique anima videbatur duo corpora ferens.* En cuanto á mi amigo, grande era entre sus maestros, grande entre sus discípulos: igualaba á aquéllos, superaba á éstos en todo género de doctrina.

Gran fama adquirió en breve tiempo, tanto entre la aristocracia como entre el pueblo. Ostentaba una erudición superior á su edad, y superiores á su erudición eran su gravedad y su aplomo. Los filósofos lo veneraban como filósofo consumado, aun antes de terminar la carrera; y lo que es más, lo reverenciaban los cristianos como sacerdote, aun antes de haber recibido la imposición de las manos. *Philosophus inter philosophos etiam ante philosophiae decreta; et quod maximum est, sacerdos Christianis etiam ante initium sacerdotii.*"

Ved aquí trazada, por un padre griego, la vida de estudiante del joven zamorano. Ejemplar se muestra durante los tres años que estudia filosofía; ejemplar durante el cuatrienio que consagra á la jurisprudencia. Á su debido tiempo recibe el título de abogado, y á los veintitrés años de su edad es ungido sacerdote por el ínclito Obispo D. Juan Cayetano de Portugal.

Extraño parecerá que, teniendo desde temprano decidida vocación al sacerdocio, haya estudiado leyes, en vez de teología, y haya ocurrido á los tribunales por un título académico, más bien que á la Universidad. Preciso es recordar que la íntima unión que hasta hace pocos años reinó entre la Iglesia y el Estado, hacía que las cortes eclesiásticas conocieran de negocios, aun civiles, y que el derecho canónico fuese un ramo indispensable en los estudios de todo abogado. Por otra parte, los grados universitarios eran dispendiosos en extremo; y teniéndose el título de Licenciado en Derecho, expedido por un Tribunal, en tanta estimación como los que daban las Universidades de México ó Guadalajara, muchos se contentaban con el primero. Tal sucedió con

los ilustres jóvenes Labastida y Munguía. Á aquél sólo se le dió el grado de Doctor *honoris causa*, después de promovido al Arzobispado de México: éste se consideró siempre muy honrado con añadir á su título prelaticio el de solo Licenciado. Uno y otro en lo particular y sin asistir á las aulas, hicieron sus estudios teológicos; y de que adquirieron en las ciencias sagradas grandes conocimientos, dan pruebas las pastorales de uno y otro, los *Prolegómenos á la Teología Moral* del Illmo. Sr. Munguía.

No se dedicó el Licenciado Labastida á la administración en las parroquias. La enseñanza en el Seminario, diversos cargos en la curia, y más tarde una prebenda en la Catedral, ocupaban el tiempo del joven eclesiástico. No obstante, le agradaba consolar al pecador en el confesionario y acudir al lecho del moribundo.

Entretanto, su amigo Munguía se hallaba ya al frente del Seminario, y uno y otro empezaron á intentar las reformas que hacía tiempo proyectaban. El éxito fué infeliz para el primero. El reglamento por él promulgado suscitó una rebelión general entre los malaconsejados seminaristas, y tuvo aquel ilustre varón que ser sacrificado á las exigencias de la situación. Su compañero el canónigo Labastida fué el único que pudo salvarla; y puesto al frente del eclesiástico plantel, empezó á mostrar aquel tino, aquel espíritu conciliador, aquella dulzura que tanto admiramos en los últimos años de su vida. Su firmeza resplandeció mientras desempeñó el cargo de promotor fiscal: su misericordia y caridad aparecieron sobre todo cuando fué Juez de Testamentos, hasta el grado de comprometerse seriamente por prodigar á todos sus favores.